HORAS PERDIDAS.

SEGUNDA PARTE.

Era la juventud! Su voz sonaba
Como un canto de amor sobre los mares,
La postrer vibracion de sus cantares
En eco estéril de pesar tornó!
Por su voz de sirena fascinado
Le abrí mi ardiente corazon sencillo,
Deslumbróme lo falso de su brillo,
¡Lo cierto de sus males me alumbró!

Casimiro Collado.

En vano paso la impotente mano
Para arrancar de mi abrasada frente
Un pensamiento lúgubre y ardiente
Que emponzoña tenaz mi corazon.
Muestra contento hipócrita el semblante
Dando un mentis al implacable duelo;
Es la corteza pérfida de hielo
Con que oculto el volcan de mi pasion!

Guillermo Prieto.

A JULIA.

¡ILUSIONES PERDIDAS!

Sí, Julia, es hielo el fuego devorante
Que en mi entusiasta corazon ardia:
Por mas que agites su ceniza fria,
Solo una sombra encontrarás de mí. . . .
Mas, ya que entre ruinas y sepulcros
Tu genio melancólico se place,
Yo francamente te diré aquí yace
Una ilusion, y *una esperanza* allí!

El panteon del corazon marchito
Recorreremos juntos si te agrada,
Donde la vida ayer, ora la nada,
Tus bellos ojos hallarán tal vez! . . .
Donde al halago del placer brotaban
De dulce amor las rosas peregrinas,
Verás montones de ásperas espinas
Que punzarán tus delicados piés. . . .

Conmigo ven, tus nacarados labios
Tambien probaron pérfido veneno;
Y á tu pesar hizo latir tu seno
La volcánica fiebre del amor.
Tú sola puedes, como yo impasible,
Ver de ilusiones muertas la ceniza,
Y en tu pálido labio la sonrisa
No es un sarcasmo á mi tenaz dolor.

Conmigo ven. . . . investiguemos juntos
El escondido arcano de la suerte,
Tal vez en el asilo de la muerte
Brille una chispa de verdad fugaz!
Tal vez en el amargo desencanto
Que al corazon devora en el vacio,
Muera tambien el matador hastio,
Quizá su nada nos dará la paz! . . .

Lámpara melancólica derrama
En esas tumbas resplandor templado,
Un silencio mortal, un soplo helado
Que á las nacientes flores hace mal. . . .
El sueño, reclinándose doliente
Mientras pasa la mísera existencia,
La pálida tranquila indiferencia,
Adormecida en el dolor fatal!

Eso hay aquí no mas. . . . desierto estéril
Donde ninguna inspiracion florece,
Donde jamás una esperanza crece,
Ni vierte luz la antorcha de la fe! . . .

Oscuro yermo, páramo sombrío,
Donde, en medio de sombras ilusorias,
Marchitas yacen las pasadas glorias,
Y los recuerdos que otro tiempo amé.

¿Ves ese charco turbio y pantanoso
En que la luz sin penetrar resbala,
Y entre yerbas estériles exhala
De la humedad el fétido vapor?
Un tiempo fué de la inocencia mia
El espejo sereno y trasparente,
Y penetrar dejaba solamente
De los astros el plácido fulgor. . . .

Cuidadoso velando noche y dia,
Límpido siempre conservarlo quise;
Mas como del afan de un infelice
El mundo indiferente se burló!
Mil manos despiadadas arrojaron
Polvo impuro en las aguas adormidas;
Destrozaron las márgenes floridas:
Ya ves el fango que en redor quedó! . . .

Pasemos! . . . en mi pecho desgarrado
Aun débil chispa de furor se excita. . . .
Si el corazon helado no palpita,
Es porque ya su vida se agotó.
¿Mas no es horrible ver despedazadas
Las flores de la cándida inocencia,
Y que manchada su celeste esencia,
Cual humo en el espacio se perdió?

Ya no mas de mi frente candorosa
Necia podrás reir, turba precita;
Ya, como tú, sobre ella llevo escrita
La historia de profundo padecer!
Están borradas las divinas huellas
De sagradas, divinas ilusiones,
Y ya el fuego sin luz de las pasiones
Se deja en ella, como en otras, ver! . . .

Alejémonos, Julia! . . . fué quimera,
Pasó fugaz. . . . mas era tan querida!
Tormento eterno devoró mi vida
Desde que ví marchita esa ilusion.
Si el destino enemigo la dejara
Como un consuelo en las desdichas mias,
Un pensil hermosísimo verias
En donde estás pisando un panteon!

Pasó! . . . ¿recuerdas cómo en otro tiempo
Se lanzaba mi ardiente fantasía,
Y sus alas espléndidas tendia
Buscando de la gloria la region?
Recuerdas que delante de mis ojos
Cruzó de un ángel el airoso vuelo,
Con la frente inmortal tocando al cielo,
En alas de sublime inspiracion!

Te lo confieso; imaginé insensato
Que las notas de su arpa desprendidas
En el sereno espacio difundidas,
Llenáran á los hombres de placer.

Creí que sus acentos misteriosos
Distintos de los ecos terrenales,
Hiriendo el corazon de los mortales,
Regeneráran su mezquino ser!

Qué necio fuí! . . . pasiones miserables
Los llevan por el fango torpemente:
Su alma murió, su corazon no siente
Sino el vil aguijon del interés.
¿Qué les importa de sublime canto
La noble inspiracion y el idealismo?
Es una antorcha en tenebroso abismo!
Fuego encendido sobre mármol es!

Así laureles y estruendoso aplauso
Recojen por do quier vates vulgares,
Y del genio inspirado los cantares
Se oyen cual triste incomprensible son.
Así farsas estúpidas aplaude
El pueblo en el teatro estremecido,
Mientras sepulta el polvo del olvido
Los dramas de Rodriguez y Alarcon. . . .

Y siempre, siempre así. . . . cuando se lanza
Una idea del seno de la nada,
Al ignorante vulgo desagrada
Y la proclama loco frenesí.
¿Ni como el rayo misterioso y vago
Que luce apenas en el eter puro,
Entrar pudiera en su cerebro oscuro
Turbado siempre por delirios mil?

Yo imaginé, mecido en la inocencia,
Sin comprender el corazon del hombre,
Que bastaria para crear un nombre
El vuelo del talento celestial.
Jamás pensé que locos y hastiados
Al oro puro le pidieran cieno,
Que en una flor buscáran el veneno
Y en la virtud la inspiracion del mal.

Funesto error! . . . para elevarse es fuerza
Arrastrarse cual míseros reptiles,
Besar las plantas de tiranos viles,
Y cubrir con un velo la verdad.
Para adquirir el popular aplauso
Es necesario sonreir al necio,
Sufrir de otros esclavos el desprecio,
A ídolos miserables incensar!

¡Cuanto, Julia, sufrí! . . . mi pensamiento
A la verdad horrible resistia,
Desplegaba sus alas y caia
En brazos de la triste realidad. . . .
Ora tranquilo estoy. . . . mira cual sube
Esa ráfaga de humo, sombra vana,
Esa es la imágen de la gloria humana,
Humo impalpable, necia vanidad! . . .

Un paso mas, y otra ilusion mas bella
Verás tambien á mi pesar marchita:
Quizá su historia dolorosa escrita
Permanece en tu noble corazon.

Aquí, cual flor que al desplegar sus hojas
A la sonrisa plácida del cielo
Quemada fué por el rigor del hielo,
Encontrarás la flor de una pasion.

Sabes cual fué. . . . tu corazon latia
A par del mío. . . . tu divina frente
Asilo halló en mi pecho, dulcemente
Suspiraban tus labios de placer.
Yo era entonces feliz—tú me seguías
A regiones de luz y encanto llenas,
Donde la duda y las amargas penas
Endulzaba el amor de una muger.

Hoy no puedo sentir como sentia;
Si tu mano, mas blanca que la nieve,
A interrogar mi corazon se atreve,
Hallará el frio de la muerte en él!
En este sitio esa ilusion reposa,
Nunca por mí vilmente profanada,
Si hecha ceniza se tornó á la nada,
Culpa fué solo del destino cruel. . . .

Murió el amor! ¿y acaso la existencia
Conserva el corazon que ya no ama?
De la pasion la devorante llama
En un volcan de nieve se apagó!
Murió el amor sobre tu seno, Julia,
Y mal podrás de mi pasion quejarte,
Pues estás viendo que al dejar de amarte
Solo un cadáver en la vida soy!

Tú me comprendes bien. . . . van los pesares
Lentamente las fuerzas acabando,
Una á una las flores marchitando,
Dejando seco el corazon sin fe.
Y la razon a,usta le presenta
Al alma vacilante y abatida,
Como una sombra, la futura vida,
Y como una quimera la que fué!

En las tinieblas de la eterna noche
A veces me figuro ver un puerto;
Tras de la tumba un resplandor incierto
Me parece alumbrar otra region.
Julia! procura, si me amaste un dia,
Avivar esa pálida creencia;
Si no es que mi fatal indiferencia
Haya helado tambien tu corazon!

HERMAN.

La noche era oscura, la selva sombría,
Espectro á mi lado Herman parecia. . . .
Los briosos caballos, sin tino vagando,
Con ruido sonoro marchan galopando.
Las nubes cortadas, siniestras, oscuras,
Semejan al mármol de las sepulturas,
Y al través cruzando de ramas frondosas
Parecen los astros hermosa bandada
De aves luminosas!

Yo llevo en el alma profundo tormento;
Herman, hastiado del cruel sufrimiento,
Espíritu ardiente que en dudas se lanza,
Quizá para siempre perdió la esperanza!
Yo sufro en estremo. . . . murió el amor mio. . . .
Herman al fin dijo, con voz alterada:
—Yo pienso en las tumbas que están entreabiertas.
—Y yo pienso en una por siempre cerrada!